

EL ENIGMA, DE J.R. ALDECOA: DE CÓMO EL SEXO Y LA EDUCACIÓN CATALIZAN EL AMOR

Emilia CORTÉS IBÁÑEZ

U.N.E.D. Albacete

En la última novela de Josefina Aldecoa, *El enigma* (2002), nos encontramos ante una historia de amor, una historia sencilla, normal y, pensamos, muy frecuente. Pero debajo de esta situación, detrás del triángulo amoroso que presenta, tantas veces reiterado en la realidad y en la ficción, subyace un mensaje mucho más importante: sexo y educación, desgraciadamente machista¹, como elementos clave de nuestra sociedad, elementos en los que se asienta la novela. De ellos derivan las variadas actitudes de los personajes ante la vida, su diferente concepción del amor, sin importar que tengan una formación y preparación cultural muy próximas, y una misma necesidad de amar y de ser amados. Recordamos las palabras de Rojas (2003: 56) cuando afirma: “La educación es la estructura del edificio personal, la cultura

¹ Este tipo de educación ya ha aparecido con anterioridad en la novelística de la autora; en *La enredadera* -1984-, una de las historias se desarrolla en la segunda mitad del siglo XIX y la protagonista dice: “Yo no quiero crecer, mamá, no quiero ser mujer. Mujer era palabra que oía muchas veces. Pobre mujer... Me parecía que era difícil y peligroso y triste ser mujer. Todos hablaban compadeciendo o atacando a las mujeres. Parecía que ser mujer era una lástima como ser cojo o ciego o poco sano” (Aldecoa, 1999: 187). Y más adelante añade: “Todo nos sale mal a las mujeres. A mamá, que parecía diferente a todas, maravillosa y firme como una reina en nuestra casa. Y a ti, Marta, y a mí, qué mal nos sale a todas... También a las reinas y a las princesas...” (Aldecoa, 1999: 188).

es la decoración”; afirmación perfectamente reflejada en Daniel, protagonista masculino de la novela que nos ocupa.

No hay duda de que el tema del amor² interesa a Aldecoa, aparece en la novela por partida doble: primero, porque es el tema central de la misma; y segundo, porque también lo es del libro que está escribiendo Teresa, la protagonista. Es un tema que ha sido madurado por la autora; pensamos que no lo presenta de manera casual sino que es fruto de un proceso.

Al buscar los orígenes de la novela recordamos las palabras de Gabriel y Galán (1990: 117):

Una novela nace de ideas, sensaciones o imágenes más o menos complejas que van cercando tus horas, tus días y tus semanas; hasta que se apoderan de tus sueños y entonces te sientes envuelto en un magma que acabará transformándose en obsesión.

Todo lo que Aldecoa muestra en la obra, los sentimientos, su evolución, las argumentaciones con las que los respalda no son el resultado de unas horas de invención, creemos que es algo más profundo, que ha vivido muy de cerca –no forzosamente en su piel-, y que ha estudiado y analizado. Por ello pensamos que en la novela aparece la *autora implícita* (Garrido Domínguez, 1993: 115-18), que hace partícipes de su sistema de valores a los *lectores implícitos*. Todo lo que nos cuenta en la obra es resultado de haber vivido, resultado de experiencias; opinión que se ve reforzada cuando Aldecoa la pone en boca de la protagonista, Teresa:

- Hablar del amor sólo se les ocurre a personas maduras. El amor entre jóvenes no se analiza. Es una cuestión de azar. La

² Por las descripciones de sentimientos que vemos a lo largo de la novela, encontramos que la definición de amor que da el psicólogo americano Sternberg - 1999- encaja perfectamente. Este autor define el amor como un triángulo formado por pasión, intimidad -sentimientos que promueven el acercamiento, el vínculo y la conexión- y compromiso, en el caso que nos ocupa, compromiso por mantener ese amor.

reflexión y el autoanálisis encierran un fondo de duda, ¿de culpa? En todo caso de experiencia...

- Yo no me siento culpable de nada –dijo Daniel--. [...]. Por otra parte es absurdo hablar del amor en general... (Aldecoa, 2002: 59).

Prieto (1990: 78) también hace hincapié en la situación interna del autor:

[...] no creo que [...], existan personajes sino estados de ánimo de un autor que en su ansia de salir fuera, existir, toman figura, cuerpo humano. El personaje es así la corporeización de un estado de ánimo [...],

con lo que hay una estrecha relación entre persona-autor y personaje³. Son personajes, almas posibles que “no tienen para qué ser como las reales” (Ortega y Gasset, 1982: 55) pero que, sin embargo, nos atrevemos a decirlo, lo son; coincidimos con Pulido Tirado (2002: 12) cuando “vincula la literatura escrita por mujeres más que con la función poética con la referencial”.

La novela, que se desarrolla en 1986, parte del diferente enfoque que, ante el amor, tienen el hombre y la mujer: la concepción del mismo, la diferente manera de vivirlo; tema que, unido al de la educación, no es nuevo en la producción de Aldecoa, ya aparecen en sus anteriores novelas, *La enredadera* –1984– y *Porque éramos jóvenes* –1986–. En ellas, la educación, el sentimiento del amor, la plenitud de la maternidad, el miedo a la soledad, la pérdida de raíces, la incomunicación de la pareja, etc. aparecen de principio a fin. Pero la novela en la que mejor delimitados están los personajes, así como los sentimientos que los mueven, es *El enigma* -2002-. Aquí se recoge la situación de un matrimonio inconexo y acomodaticio que corre un falso riesgo de romperse cuando el marido conoce a otra mujer, con la que se siente bien.

³ Para Prieto (1990: 80) esta estrecha relación no se da solamente entre persona y personaje sino también entre crítico literario y obra literaria. Coincidimos con él cuando afirma que “ningún crítico literario puede escribir de una obra literaria sin escribir algo de sí mismo”.

En *Porque éramos jóvenes* y *El enigma* aparece el mismo tipo de esposa: vulgar, prosaica, materialista, sin sensibilidad, que, no sólo no valora al marido sino que, además, lo menosprecia, y a la que únicamente le preocupa mantener su matrimonio de cara a la sociedad. Frente a este personaje, despreciable para el lector, está “la otra”, el motivo de discordia del matrimonio; tanto Annick, en *Porque éramos jóvenes*, como Teresa, en *El enigma*, son mujeres enormemente sensibles, para las que los sentimientos tienen una gran importancia. Son mujeres con una visión clarísima del hombre que el destino les ha puesto a su lado, de cómo es y de lo que éste necesita en su vida. En ambas novelas el hombre es acomodaticio, se siente muy a gusto con esta mujer que le ha traído el destino pero no se ve en la necesidad de romper la situación familiar en la que vive para iniciar una nueva vida con la mujer que ha encontrado⁴. Como ya hemos indicado, son personajes resultado de una educación y de una sociedad machista, que no admiten a una mujer intelectualmente igual o superior a ellos; están a gusto con ella pero no son valientes, no son hombres de acción para luchar por conseguir una vida a su lado. Y si llegan a casarse con una mujer de este nivel intelectual, se recomen el alma y aprovechan cualquier ocasión para hacerle ver que es inferior a ellos aunque no es así. Son seres fracasados, incapaces de amar y de entregar; sólo entregan apariencias, nunca profundidades. En este punto recordamos lo afirmado por Díaz Redondo (2002: 64):

La mayor parte de los hombres sigue objetivando a las mujeres como objetos de la esfera privada por más que ellas participen junto a ellos en la esfera pública. La propia categorización público/privado encubre el privilegio de género. Ellas están dentro de un afuera [...] que ellos creen una simple extensión del dominio que el privilegio genérico masculino ha ejercido secularmente en el afuera.

En la novela encontramos dos tipos diferentes de educación, emplazados en países y continentes distintos: España y USA, de manera accidental, pensamos; podrían haber sido otros países⁵. La

⁴ Creemos adivinar que algo similar ocurre con Juan, en *La enredadera* (1999).

⁵ Como prueba de lo que decimos nos fijamos en una novela actual francesa, *La amaba*, de Anna Gavalda (2003). En ella hay muchos puntos que nos hacen recordar *El enigma*: el triángulo amoroso; el mismo tipo de personajes; la misma

diferente educación de ambos lleva añadida una distinta manera de reaccionar ante el fracaso matrimonial; en la novela que, como ya hemos dicho, se desarrolla en los ochenta, en España la pareja se aguanta, mientras que en América se divorcian con la esperanza de una nueva unión (Vincent, 1996: 133-53).

En España, Daniel y su mujer, Berta, han sido educados de una manera totalmente tradicional; por la generación a la que pertenecen, la educación que se ha dado a la mujer, tal y como Escabias Lloret (2001: 59) recoge, tiene una doble vertiente. Por una parte está, más que la educación, la *formación*, impuesta socialmente; y por otra, la mujer como sujeto educador que transmite unos valores sociales. En ambos casos la mujer ha sido educada y ha educado “en función de una sociedad patriarcal”. Berta se ha formado en el estado franquista, en el Servicio Social de la Sección Femenina⁶, con todo lo que lleva implícito; es una educación en donde la Iglesia establecía los criterios⁷, y el estado los respaldaba con la legislación, y creaba modelos en la formación de la mujer (Escabias Lloret, 2001: 66).

Berta era “la señorita de Madrid. Con pretensiones”, “con esquemas tradicionales para todo” (Aldecoa, 2002: 59), hija de abogado, graciosa, desenvuelta, que sólo ha estudiado el bachillerato y nunca ha trabajado; una buena chica, “Como mis hermanas, como mi madre...” (Aldecoa, 2002: 59), dice Daniel. Él es hijo de médico provinciano y de madre tradicional, que se encargó de la educación de los hijos siguiendo la misma línea en la que ella fue educada⁸. Daniel se formó en colegio religioso, aunque reconoce que a los catorce años dejó de asistir a la iglesia. En su educación tuvieron gran importancia

problemática; la cobardía masculina; el mantener un matrimonio ya caducado; la fuerza y decisión femenina para terminar una relación que sólo conduce al sufrimiento de la mujer y a la distracción, al pasar el rato del hombre; la total carencia de interés masculino por cómo siente, qué piensa, qué desea la mujer, falta total de interés por el mundo emocional femenino.

⁶ La exención de la obligatoriedad del Servicio Social llegó tras la muerte de Franco, así como la desaparición de la Sección Femenina.

⁷ No olvidemos, por ejemplo, que la separación de los sexos legalmente en las aulas se mantuvo hasta 1970, y hasta 1966 la mujer no pudo acceder a cargos de magistrado, juez y fiscal.

⁸ Igual ocurre con Clara, una de las protagonistas de *La enredadera*, también se encarga de la educación de su única hija, Lucía.

sus dos hermanas, tal y como reconoce “fueron las primeras que le proporcionaron la percepción de lo femenino como algo diametralmente opuesto a su condición masculina” (Aldecoa, 2002: 73). Desde su juventud tuvo la impresión de que las chicas charlaban, reían y se contaban cosas de sí mismas con mucha facilidad, incluso se reían de los chicos; pero cuando las mujeres eran mayores ya no reían, “Mujer mayor igual a tristeza o malhumor o sufrimiento” (Aldecoa, 2002: 74). Así pues, desde niño pensó que lo mejor era intentar no ser blanco de sus burlas, y es que “Una incipiente misoginia iba anidando sin saberlo en las primeras reflexiones del adolescente Daniel” (Aldecoa, 2002: 74); sentía desconfianza hacia ellas, “las mujeres fueron para Daniel el lado inseguro de la vida, lo ‘diferente’ que le acompañaría siempre desde una lejanía y un desconocimiento inquietantes” (Aldecoa, 2002: 76). Ahora permite que sea su mujer quien dirija la educación de sus hijos, lo vivió en casa de sus padres, es más cómodo, se deja llevar por la inercia, por la comodidad del matriarcado, matriarcado en el sentido de organización familiar o social, donde el poder lo ostentan las mujeres; aunque, según los estudiosos, en lugar de matriarcado deberíamos hablar de sociedad matrística o sociedad con autoridad femenina (Sanahuja, 2002: 136-38). Es un hombre de no acción, que espera a que las cosas lleguen o se solucionen por sí mismas o por la intervención de otros pero nunca por la de él⁹. Un hombre incapaz de ser sincero, un cobarde¹⁰, un cínico que no quiere admitir su fracaso matrimonial, un hombre aferrado a fórmulas caducas, con ideas del siglo XIX, en el que se da una disociación entre su postura intelectual y su realidad; un

⁹ Es el mismo tipo de hombre de *La amaba*: “[...] Hasta ese momento, la Vida se había encargado tan bien de decidirlo todo en mi lugar, ¿por qué tendría que cambiar ahora? ¿Por qué? Al fin y al cabo yo ya había demostrado que no se me daba bien enfrentarme a las cosas... En mi trabajo, sí, era un juego y yo era el mejor, ¿pero en mi vida personal? Prefería sufrir, prefería consolarme recordándome a mí mismo que el que sufría era yo. Prefería soñar o anhelar. Es mucho más fácil así...” (Gavalda, 2003: 165-66).

¹⁰ También en esta cualidad coinciden los dos protagonistas: “[...] Es la vida. Es la vida de casi todo el mundo. Actuamos con doblez, nos las apañamos, tenemos siempre nuestra pequeña cobardía a nuestros pies como un perrito faldero. La acariciamos, la amaestramos, nos encariñamos con ella. Es la vida. Por un lado están los valientes, y por otro los que se acomodan. Es mucho menos cansado acomodarse... [...]” (Gavalda, 2003: 149).

hombre en el que pesa enormemente la educación recibida, la cual mantiene que el matrimonio es indisoluble. Teresa le dice:

- *¿De verdad, tú nunca has pensado en el divorcio? ¿Tú crees en el matrimonio para toda la vida? No eres religioso. ¿Cómo puedes leer tanto, tener la mente tan clara y luego ser tan retrógrado en tu conducta? ¿Dónde está tu filosofía de la existencia? Vives en la confusión y la ambigüedad* (Aldecoa, 2002: 165).

Un hombre que rehúye cualquier compromiso al que lo aboque una relación, como cuando muere el padre de Teresa, pero es tan cómodo y egoísta¹¹ que, aunque se da cuenta, no varía su actitud. Un hombre pequeño que cae en trampas pequeñas, en infidelidades.

Teresa lo define muy bien:

- *Creo, Daniel, que tú has tenido una educación muy propia de aquella España de la posguerra, cuando la coeducación no existía y la convivencia precoz entre los sexos no estaba bien vista [...] (Aldecoa, 2002: 76),*

[...] Prefieres mantener intacto el hastío, el fracaso, el desdén que sientes por tu mujer; prefieres arrojárselo, protegerlo para que no se vea, no se trasluzca desde fuera. Eres un provinciano, Daniel, un provinciano español de los años sesenta con ribetes de progresía, sólo adornos, palabras, posturas para la galería... (Aldecoa, 2002: 103).

Daniel y Berta se conocieron y él explica:

[...] Berta entró en mi vida de modo absurdo. Aparentemente estaba enamorada de mí. Yo estoy seguro de que si hubiera encontrado un ingeniero o un arquitecto le hubiera ido mejor. Pero me encontró a mí. Yo había terminado la carrera y era un modesto ayudante de literatura española. Escribía artículos en

¹¹ Esta misma característica aparece en *La enredadera*; Clara dice: “Ay, los hombres, qué bien disponen todo, cómo te cogen y te dejan si no haces lo que quieren... [...] Hoy es el hijo, mañana es otra cosa. Todo lo que ellos quieren hay que dárselo pronto. Y digo yo que Dios cómo tolera...” (Aldecoa, 1999: 102).

revistas literarias, tenía amigos, preparaba un libro de versos...
(Aldecoa, 2002: 60).

Tuvieron relaciones sexuales, “Pero con una condición, que nos casemos lo antes posible” (Aldecoa, 2002: 61), dijo Berta. Y se casaron; el banquete fue en el Palace y la luna de miel en Marbella porque “Por allí encontraremos caras conocidas, la gente de las revistas...” (Aldecoa, 2002: 61), según Berta, aunque Daniel no habría hecho nada de esto.

Nada más volver del viaje de novios, Berta le dijo: “Qué raro eres, hijo, en todas partes estás mal”; y él pensó que era “¿Para toda la vida?... No puede ser...” (Aldecoa, 2002: 61). Desde el principio tuvieron que aprender a “conllevarse”, es decir, “a mantener las formas de una cotidianidad regularizada, al propio tiempo que el fracaso íntimo” (Castilla del Pino, 1974: 83); ya se ha instalado el desencanto en sus vidas, ya están atrapados, absorbidos por ese hacer siempre otra cosa para otra persona sin sentirse completamente comprendidos. Este estado en el que se encuentran durará meses, años: años de desasosiego en espera de no se sabe bien qué; años sin auténtica felicidad en los que sólo “van tirando” (Alberoni, 1986: 45-6). Y sus almas se acomodan a ello. Es un amor “prosaico” que, como indica Béjar (2003: 16), domina en nuestra cultura¹². La figura de Berta y su actitud matrimonial nos hace recordar la figura de Carmen Sotillo, de Delibes (1966); las dos están igual de aferradas a lo material y su desprecio por el marido es semejante. Las palabras de Berta bien podrían ser de Carmen Sotillo:

[...] Les dan coba con su admiración y ellos caen como idiotas. Porque, vamos a ver, yo comprendo jugarse todo por un triunfador millonario, un actor o un futbolista. O un hombre de negocios. Pero, hija, estos pelmazos como mi marido, un profesor que escribe mamotretos que no le interesan ni a sus alumnos. ¿Qué? Si además les pagan poquísimos (Aldecoa, 2002: 256).

¹² Es el mismo amor que vemos en *La amaba*: “[...] Personas que siguen juntas porque se han apuntalado en ello, en su miserable e ingrata vida sin brillo. Todos esos apaños, todas esas contradicciones... Y todo para terminar así...” (Gavalda, 2003: 151).

Son incompatibles. Ella desprecia el mundo intelectual en el que Daniel se desenvuelve, es un mundo que la aburre; los amigos de Berta y salir con ellos los viernes deprimen a Daniel, sin embargo, aguanta. La vulgaridad se ha ido adueñando de sus vidas, de la de Berta ya lo estaba, y la relación entre ambos ha llegado a un punto en el cual él la desprecia y respeta, la engaña y teme, la tortura y compadece (Aldecoa, 2002: 104).

Ante este estado de cosas, Daniel separa sus dos mundos: el familiar y el laboral, y éste último le proporciona muchas satisfacciones. No es extraña esta separación en compartimentos estancos que hace Daniel; Ortega y Gasset (1966: 91-2) señala que en la psique del hombre hay varios epicentros: política, negocios, actividad intelectual, sexo, amistad, amor, etc., son diversos campos mentales. No importa que uno de ellos quede ocupado, los demás siguen libres; son compartimentos estancos. Esta situación hace que la mujer enamorada se desespere porque nunca consigue tener en su totalidad al hombre que ama.

A la separación de mundos que hace Daniel se une el hecho de que disponga de un apartamento, al que va por las tardes a trabajar y adonde lleva a sus conquistas. En este lugar se siente libre e independiente, además de tener la agradable sensación del regreso, por la noche, a un hogar ordenado, con una Berta dedicada por completo a su mantenimiento, una Berta que no tiene actividad profesional, lo que demuestra, también, que no está acorde con los tiempos. Son los roles tradicionales del macho y la hembra, los estereotipos fijados por la sociedad. Daniel define esta situación: “Mi matrimonio fue el más convencional de los matrimonios” (Aldecoa, 2002: 59). Cuando Daniel hace una descripción de su matrimonio a Teresa, ella le responde: “Perdóname pero me ha parecido todo deprimente y mediocre y ajeno” (Aldecoa, 2002: 63), y saca la conclusión de que “es un ser fracasado en su raíz más profunda” (Aldecoa, 2002: 64). Berta, totalmente materialista, le dice:

[...] Lo que tú quieras, muchos libros, mucha colaboración, muchos cursos pero yo te digo que el cuñado de Rosa, Luisa, Julia, no importaba de quién, hace negocios fabulosos con un

primo que es director de banco... Y no tiene cultura ni educación ni nada... (Aldecoa, 2002: 84).

Son, nuevamente, palabras de Carmen Sotillo. Daniel se siente incapaz de discutir con Berta los problemas que tienen porque dice que es muy difícil hablar con ella; pensamos que, en realidad, él no siente necesidad de comunicarse, de aclarar puntos, simplemente se deja llevar por la situación, toma una postura cómoda, postura derivada de que él no le pida más a su situación de pareja. El protagonista presenta el perfil de marido seco, de “donjuán del rendimiento y del éxito” en palabras de Castell (2003: 102-109).

Daniel marcha a impartir clases de literatura a una universidad norteamericana, durante un cuatrimestre; su estancia en USA le ofrece un contexto completamente diferente:

[...] La constante inmersión en el mundo de las sensaciones, los sentimientos, las ideas, se había despojado de la carga de vulgaridad infranqueable que le cercaba, asfixiante, en su casa y su trabajo de Madrid. [...] (Aldecoa, 2002: 87).

Aquí conoce a Teresa y surge el enamoramiento¹³; según Alberoni (1986: 67-167), al comienzo de esta situación sólo uno es el enamorado, el otro puede que también se enamore o que, por el contrario, no lo haga y, simplemente, tenga deseo de aventura o sienta atracción erótica o intelectual hacia la otra persona y se deje llevar: es un enamoramiento desequilibrado, como lo va a ser el de la pareja Teresa-Daniel. Un enamoramiento de salud precaria que muere ante las dificultades de él: matrimonio, hijos, regreso a Madrid. Él, que ha sido “arrastrado” anímicamente por Teresa, puede prescindir completamente de ella; ella, en cambio, no, y aguanta, sufre y se

¹³ Alberoni (1986: 69) define el enamoramiento como “una transformación interior individual que va en busca de su objeto”. “El enamoramiento no es desear a una persona bella e interesante; es un rehacer el campo social, un ver el mundo con ojos nuevos” (Alberoni, 1986: 76). El enamoramiento no depende de las cualidades del otro, sino que es nuestro modo de ver, es “un sistema categorial interior de la estructura de nuestra mente” (Alberoni, 1986: 125). Ortega y Gasset (1966: 94) también se detiene en el enamoramiento y lo define como “un estado mental inferior, casi mecánico, que puede producirse sin efectiva intervención del amor”.

rebela ante la estupidez del hombre al que ama. Para Teresa, los problemas de Daniel son problemas de los dos, que les afectan a ambos; para Daniel, los problemas de Teresa son exclusivos de ella. Es cierta la reflexión de Alberoni (1986: 72) cuando afirma que en un enamoramiento desequilibrado el que ama menos es el que reprocha al otro tener poca sensibilidad, ser egoísta, vivir de fantasías, mientras que el que está más enamorado simplemente pregunta “¿me amas?” y busca respuestas en los comportamientos del otro.

Pensamos que todos coincidimos en la aseveración de que nadie se enamora si está satisfecho con lo que tiene; el “síntoma” de la predisposición a enamorarse es la convicción de no ser, de no tener nada que valga la pena.

Teresa es opuesta a Berta, es inteligente, sensible, sincera, valiente; él “la encontraba fascinante pero, a veces, le agotaba”. Teresa es una mujer directa; Daniel es incapaz de ser sincero, incapaz de enfrentarse a las situaciones. Todo esto queda muy bien recogido en el siguiente diálogo:

Un día, ante sus quejas, Teresa le preguntó:

-¿Qué te une a ella? [refiriéndose a Berta]

-No sé. Muchas cosas. La convivencia de veinte años. El conocimiento mutuo de nuestras rutinas y manías. Los mil detalles de la vida cotidiana. Pequeñas cosas; que Berta sepa cómo me gusta el café, cómo coloco la almohada para dormir, cómo dejo sin tapar los frascos de colonia, los tubos de la pasta de dientes... Tonterías. También que me molestan los ruidos, las visitas imprevistas, tantas cosas...

Teresa replicó asombrada.

-Todo eso se aprende en quince días de convivencia. ¿Y lo demás? Yo creía que os unían determinados gustos o aficiones, que juntos habíais descubierto sentimientos o sensaciones nuevas... (Aldecoa, 2002: 93).

Vemos perfectamente la distinta educación recibida: Berta-Daniel / Teresa. El matrimonio se queda en lo inmediato de la relación, en saber “cómo me gusta el café”; el propio Daniel lo define como “tonterías”. Mientras que Teresa habla de “aficiones”, de “sentimientos o sensaciones nuevas”. Él afirma que no necesita lo

intelectual en su hogar, en su matrimonio y Teresa lo que desea, precisamente, es compartir actividades intelectuales, no solamente actividades sexuales; quedan claras las distintas necesidades y diferentes conceptos que hay en ambos. Berta y Daniel se centran en lo material, Teresa en lo espiritual. Vemos que la distinta concepción del amor radica, además de en la diferencia de sexo, en la diferencia de educación, resultado de la pertenencia a otra generación, además de haber crecido en países distintos.

Creemos que lo que une a Daniel con Berta es una dependencia psicológica, tal y como recoge Sternberg de casos reales en Norteamérica; Daniel ama a Teresa,

[...] pero era adicto a su mujer y también le importaban mucho sus hijos, aunque había dejado de sentirse cerca de su mujer mucho tiempo atrás (Sternberg, 1999: 72).

Teresa tiene mucha razón cuando dice de Daniel que es un provinciano, tanto como para no entender que la relación entre Teresa y su ex marido sea cordial. Y esta educación machista le surte de una serie de aditamentos inseparables: es celoso, misógino, retrógrado (Aldecoa, 2002: 101, 74-5, 165), tal y como lo afirma la misma protagonista. Y vive todas las facetas de la educación recibida: matrimonio convencional, incomunicación e infidelidad matrimonial, incomunicación familiar, postura egoísta, cómoda... Daniel se muestra celoso cuando conoce al ex marido de Teresa, por lo que vemos que el proceso de *historización* (Alberoni, 2001: 116-19) de su vida, que ha llevado a cabo la protagonista, no ha conseguido neutralizar los sentimientos, los celos retrospectivos. Los celos de Daniel, como los de Werther, “llegan a través de las imágenes” (Barthes, 1999: 56-7), no del pensamiento; surgen cuando ve que Robert “Besó a Teresa y la atrajo a su lado pasándole el brazo por los hombros” y él tiene “un repentino acceso de ira” (Aldecoa, 2002: 99-100) para pasar, a continuación, a hacer comentarios necios.

Teresa no evita hablar de manera clara a Daniel cuando tiene que hacerlo:

-Eres un inmaduro... –dijo-. Tú no sabes quién eres ni dónde estás, ni lo que quieres hacer de verdad en la vida. Eres capaz de vivir en la ocultación y el engaño tan tranquilo. Y cuando una circunstancia inesperada te pone a pesar tuyo frente a la verdad y a la confesión inevitable... entonces, todo lo que se te ocurre es decir: “Haré lo que tú quieras... Me iré o me quedaré... Lo que tú decidas...”. Sigues paralizado, prisionero, creo yo, de tus prejuicios pequeñoburgueses, de tu turbia conciencia, de tu falta de valor para afrontar la verdad... (Aldecoa, 2002: 176-7).

Daniel no acepta de Teresa ningún tipo de intromisión en su manera de actuar, no aguanta ser objeto de crítica por parte de ella, “Teresa invadía su terreno personal. Se convertía en una constante instigadora de lo que él debía hacer, una juez implacable” (Aldecoa, 2002: 169). La educación ha fijado en su mente que la mujer es inferior y no tiene derecho a opinar sobre él, a criticarlo; o, dicho de otra manera, que él es superior a ella. Incluso le molesta reconocer que le gustaría vivir en Nueva York porque es la ciudad de Teresa; llega a preguntarse si está enamorado de ella o del mundo al que Teresa pertenece. Pensamos que es una pregunta estúpida; por supuesto que está enamorado de ella pero le molesta que le ofrezca ese mundo porque éste es otro punto en el que ella también es superior a él. Por ello, por esta idea de superioridad resiste, aguanta vivir con una mujer vulgar y prosaica como Berta¹⁴ pero que, a la vez, por su formación, es incapaz de inmiscuirse, de opinar o de hacer críticas sobre su vida profesional y cultural, es incapaz de entrar en su soledad interior, en sus espacios sagrados pero no por respeto hacia él sino por indiferencia e ignorancia. Él mismo reconoce:

Berta era en todo muy inferior a Teresa, pero no le exigía nada en lo profesional. Nada que no tuviera que ver con el dinero (Aldecoa, 2002: 94).

¹⁴ Como ya hemos indicado, el tipo de personajes de *El enigma* y *La amaba* son muy similares; recogemos unas palabras del protagonista, de esta última novela, sobre su esposa, otra mujer prosaica y vulgar: “[...] Había perdido el amor de mi vida para permanecer con una mujer que seguía a mi lado sólo por no tener que cambiar de carnicero y de pescadero. Era increíble. Era puro sabotaje” (Gavalda, 2003: 103).

Berta, que emplea las tretas más indignas en su matrimonio, como chantajear a Daniel con su intento de suicidio, para hacer que se sienta culpable y abandone a Teresa. Esta situación queda muy bien recogida por Teresa en un fragmento del libro, *Parejas famosas*, que está escribiendo:

“... Una mujer sin complicaciones, previsible en todas sus reacciones puede llegar a ser más cómoda que una mujer inteligente, una mujer crítica que deja al descubierto los puntos débiles, los lugares exactos de la conciencia y va separando con su escalpelo capas de personalidad. Una mujer vulgar es fácil de controlar (Aldecoa, 2002: 91).

Este “desnivel” en la pareja ya lo planteó Aldecoa (1999: 156) en *La enredadera*:

[...] Una vez más se preguntó Julia: cómo se entiende que este hombre, este amigo, este apasionado humanista, conviva, almuerce, cene, haga el amor, viaje, lleve por la vida colgando de su brazo y de su cuello a este ser indiscreto e insoportable...

Teresa se hace una pregunta, fruto de su trabajo de investigación:

¿Por qué la pareja del siglo XX desdeña en tantos casos el valor de una relación entre iguales superiores y desciende a una relación poco evolucionada intelectualmente? (Aldecoa, 2002: 53-4).

La respuesta no la tiene, ése es el enigma que da título a la novela; la situación es que hombres inteligentes, unas veces, eligen por compañera a una mujer inferior a ellos en todos los aspectos y, otras, abandonan a una compañera perfecta para unirse a una mujer vulgar (Aldecoa, 2002: 191). El esquema que se da es: parejas en las que la mujer es igual al hombre, tanto profesional como intelectualmente, pero que, para que la pareja funcione, ella debe mantenerse en un segundo plano; y parejas, de hombre brillante y mujer inútil e ignorante, en las que el hombre muere atrapado en la convención del matrimonio (Aldecoa, 2002: 222). No hay leyes fijas que expliquen las reacciones personales, las conductas y que sirvan

para todas las parejas. De cualquier manera, la pareja “superior” sólo funciona si la mujer excepcional “NO DESTACA” (Aldecoa, 2002: 214), afirmación, desgraciadamente, cierta.

Esta asimetría no es una novedad en la pareja del siglo XX, también se ha recogido en el siglo XVIII. Ortega y Gasset, en 1927, en su artículo “Paisaje con una corza al fondo” (Ortega y Gasset, 1969: 139-48), plantea un enigma, una situación muy similar: *lady* Hamilton, que “no tuvo nunca talento, ni siquiera fina educación, ni apenas gusto y buen sentido”, es amada por dos héroes, por dos hombres inteligentes, Nelson y Hamilton¹⁵; ¿cómo nos explicamos este, en cierto modo, sinsentido? Ortega afirma que la inteligencia se manifiesta sobre todo en la intuición de la vida y que el intelectual suele ser muy pobre en intuiciones, conoce poco a la mujer y actúa casi siempre sobre temas irreales. El hombre está lleno de racionalidad, mientras que el alma femenina, aunque sea muy inteligente la mujer, está llena de un poder irracional, y esta irracionalidad, llamada “absurdo” y “capricho” de la mujer, desde el punto de vista del hombre, es precisamente lo que lo atrae; lo que el hombre inteligente no busca en la mujer es la racionalidad, la lógica, la inteligencia¹⁶. Estas afirmaciones, tal y como Ortega recoge, ya aparecen en Nietzsche:

¹⁵ La historia de este trío queda recogida por una de las autoras del reciente y compartido Premio Príncipe de Asturias, Susan Sontag, quien en su novela *El amante del volcán*, y a lo largo de 573 páginas, nos habla de estos amores; de Emma Hamilton dice: “[...] Puede llegar a ser culta además de vulgar, pero no escapa de la base de vulgaridad que la sostiene” (Sontag, 2000: 184). Hay también reflexiones interesantes en torno a los hombres: “[...] Los hombres son muy bobos. Las mujeres pueden ser vanas, pero cuando un hombre es vano lo es más allá de lo creíble, puesto que un hombre está dispuesto a morir por su vanidad” (Sontag, 2000: 552). Centrándonos en la figura de *lady* Hamilton, las opiniones de Ortega y Gasset y de Sontag no son coincidentes; Ortega afirma “no tuvo nunca talento”, mientras que Sontag escribe: “[...] Es inteligente, curiosa, rápida, y a pesar de que los hombres no esperan que una mujer sea inteligente, a menudo disfrutan cuando lo es, en especial cuando ella aplica su cabeza a lo que es de interés para ellos” (Sontag, 2000: 553). Y es que, realmente, tal y como la muestra Sontag, Emma tiene intuición de la vida.

¹⁶ Afirmación que queda muy aclarada con la siguiente extensa cita: “-La idea, pues, de que el hombre valioso tiene que enamorarse de una mujer valiosa, en sentido racional, es pura geometría. El hombre inteligente siente un poco de repugnancia por la mujer talentada, como no sea que en ella se compense el exceso de razón con un

[...] ¡Qué delicia encontrar criaturas que tienen la cabeza llena siempre de danza y caprichos y trapos! Son el encanto de todas las almas varoniles demasiado tensas y profundas, cuya vida va cargada de enormes responsabilidades (Ortega y Gasset, 1969: 148).

Resulta curioso que Nietzsche encuentre que la vida sólo está cargada de enormes responsabilidades para el hombre; ante esto, la conclusión más suave que sacamos es que este filósofo vivió en un planeta diferente al nuestro, en el que las “cabecitas irracionales” sólo vivían para “hacer las delicias de los hombres”.

El tema ya había sido tratado por Ortega y Gasset con anterioridad cuando, en 1924, publicó, en las Ediciones de la *Revista de Occidente*, el libro de Victoria Ocampo, *De Francesca a Beatrice*, en el que insertó un epílogo en clara referencia al tema que aquí nos ocupa; incluimos un fragmento del mismo, tomado de Ortega Spottorno (2002: 330):

[...] “todo hombre dueño de sensibilidad bien templada ha experimentado a la vera de alguna mujer la impresión de hallarse delante de algo extraño y absolutamente superior a él. Aquella mujer, es cierto, sabe menos de ciencia que nosotros, tiene menos poder creador de arte, no suele ser capaz de regir un pueblo ni de ganar batallas, y, sin embargo, percibimos en su persona una superioridad sobre nosotros de índole más radical que cualquiera de las que pueden existir, por ejemplo, entre dos hombres de un mismo oficio [...] La excelencia varonil radica [...] en un hacer; la de la mujer en un ser y en un estar; o con

exceso de sinrazón. La mujer demasiado racional le huele a hombre, y, en vez de amor, siente hacia ella amistad y admiración. Tan falso es suponer que al varón egregio le atrae la mujer “muy lista” como la otra idea que las mujeres mismas insinceramente propagan, según la cual, ante todo, buscarían en el hombre la belleza. El hombre feo, pero inteligente, sabe muy bien que, a la postre, tiene que curar a las mujeres del aburrimiento contraído en sus “amores” con los hombres guapos” (Ortega y Gasset, 1969: 148). El hombre y la mujer son distintos a la hora de enamorarse; el hombre se enamora del físico, no del intelecto, mientras que la mujer primero admira al hombre, no sólo por su físico también por su intelecto, y después se enamora (Aldecoa, 2002: 107-8). La idea de que la mujer inteligente da miedo al hombre, al posible enamorado, no es una idea novelesca sino una actitud fácilmente comprobable en nuestra sociedad, además de frecuente.

otras palabras: el hombre vale por lo que hace; la mujer, por lo que es”.

Daniel y Teresa están enamorados; él valora el mundo, dominado por la inteligencia y la sensibilidad, al que ella lo ha llevado, es el que siempre ha deseado. Son felices juntos pero cuando Teresa quiere llegar al fondo en sus conversaciones, es imposible; ella se abre a él pero Daniel es incapaz de ser sincero, de hablar de sí mismo, de desnudarse interiormente. En esta relación íntima de la pareja, Teresa se siente frustrada en sus intentos por lograr intimidad emocional y comunicativa con Daniel (Sternberg, 1999: 20), sin embargo no va a buscarla a otra parte. Y es que debemos recordar que los mundos y las necesidades emocionales del hombre y la mujer son completamente diferentes. El amor de Daniel es realista, prosaico, mientras que el de Teresa es un amor romántico, en el sentido de entrega absoluta al objeto amado, y este amor es el que decide el destino de ambos, un destino que, como la mayoría de las veces, es trágico (Béjar, 2003: 16).

Los dos tienen ideas opuestas, Daniel opina que el hombre tiene derecho a su libertad personal, a su individualidad, pero no la mujer. Obviamente esta convicción, cien por ciento machista, choca frontalmente con las opiniones de Teresa (Aldecoa, 2002: 54); ella busca en la pareja “una afinidad, un equilibrio”, *comunicación interpersonal, intercambio y apoyo*¹⁷ (Sternberg, 1999: 22). A pesar de todo esto, el amor entre ambos se va convirtiendo en una relación intensa:

[...] El sexo vivo, adulto, no aburrido, se unía a momentos de sensibilidad estética compartida, de coincidencias intelectuales inesperadas. Escenarios únicos rememoraban momentos únicos. El espacio y el tiempo se conjugaban en perfecta armonía para aumentar la plenitud de esos encuentros (Aldecoa, 2002: 65).

¹⁷ Sternberg (1999: 22-3) recoge muy bien lo que Teresa necesita: “[...] el compartir intereses, ideas e información, crecer personalmente a través de la relación, descubrir intereses en común, comprender al otro, hacer que el otro se sienta necesitado, recibir ayuda del otro, ayudar al otro a crecer personalmente, y compartir sentimientos profundamente personales”.

Relación que le lleva a Daniel a decir:

[...] Esto es diferente. Es la primera vez que tengo consciencia del amor que yo soñaba en la adolescencia, que alimentaba en mi juventud. El que desapareció de mi imaginación al casarme con Berta y convertir en rutina la obligación de hacer el amor (Aldecoa, 2002: 70).

El clima frío de noviembre los aísla en el interior de la bonita casa de Teresa y, como Bachelard (1992: 72-3) indica, la nieve aniquila el mundo exterior, sólo hay una tonalidad, el mundo de fuera de la casa queda borrado, exprimido, suprimido, sólo cuentan ellos dos:

[...] salieron ambos con el corazón encogido y una angustiosa certeza de lo imposible que sería repetir aquella experiencia mágica (Aldecoa, 2002, 89).

Y es que la casa de Teresa se ha convertido para ellos en un estado del alma, en una intimidad (Bachelard, 1992: 104-106); ya lo era para Teresa antes de conocerlo: ella, trabajando en el espacio cerrado de su casa, nos sugería la idea de un orden, es el orden mental y de vida en el que vive la protagonista, y es que, tal y como Edwin Muir indica y Gullón (1980: 11) recoge, “el mundo imaginario de la novela de personajes es el espacio”. Teresa trabajando en solitario en el espacio del silencio de su casa, espacio que es la traducción de un estado de ánimo, además de su determinante (Gullón, 1980: 7). En este punto no podemos evitar recordar los dos órdenes principales de la vida, según Freud: trabajo y amor, que se dan de manera perfectamente clara en Teresa.

Los padres de Teresa se autoexiliaron a Norteamérica en los años 50, vivieron en Nueva York y en otros estados, nunca regresaron a España. Cuando salieron Teresa era una niña; conserva algunos recuerdos del Madrid de su infancia, de sus abuelos pero éstos ya han muerto y a los familiares que quedan ni los conoce. Ahora ella se pregunta por sus verdaderas raíces y desea recuperarlas pero sabe que es imposible (Aldecoa, 2002: 28-9). Este desarraigo también lo

encontramos en Clara -*La enredadera*- cuando, al recordar a su madre, dice:

[...] comprendía que se estaba despidiendo ya y quería dejarme las pequeñas historias de mis años de niña, se esforzaba por darme lo que nadie sabría cuando ella no estuviera (Aldecoa, 1999: 108).

Conoce a Daniel y Teresa encuentra que puede compartir con él:

[...] Estaban intentando reconstruir sus vidas. Las recreaban y las intercambiaban. Las confidencias les serenaban y al mismo tiempo les dejaban desnudos, vulnerables, y a veces se resentían de esa vulnerabilidad derivada del mutuo conocimiento (Aldecoa, 2002: 50).

Antes de conocerlo, Teresa¹⁸ ya se había cuestionado:

[...] ¿Qué es más fácil, entenderse con un compatriota, por elemental que sea, pero al que nos unen colores, olores, paisajes, costumbres y sobre todo el idioma? ¿O con alguien culturalmente afín, con quien participar a la vez de todo, literatura, ideas, música, pero con otro idioma materno, otros reflejos condicionados? (Aldecoa, 2002: 39).

El concepto que los protagonistas tienen del amor es diferente. Para Teresa el amor es la necesidad de estar con una persona, sin separarse; mientras que para Daniel es “la atracción intensa que ejerce sobre mí una personalidad” (Aldecoa, 2002: 71), y siente miedo de las circunstancias que puedan separarlos. Vemos una diferencia clara entre los dos conceptos sobre el mismo sentimiento: no separación / miedos a los motivos de separación; nos transmite la sensación de que él está convencido de que tendrán que separarse, y es que a los hombres, incluidos los inteligentes y superiores como Daniel, les ocurren cosas

¹⁸ Tanto ella como su amiga íntima se casaron con americanos inteligentes, cultos y con profesión afín a la de ellas pero tuvieron mal desenlace, ambas se divorciaron. Aldecoa muestra la duda ante la que se encuentra el individuo a la hora de encontrar pareja, a la hora de lograr entendimiento entre las personas; se encuentra ante la disyuntiva: afinidad intelectual o raíces -lo entrañable, lo nuestro-.

importantes dentro del terreno de los sentimientos y no se enteran (Aldecoa, 2002: 129).

En la relación que mantienen, Teresa se da perfecta cuenta de que no llega al fondo de Daniel, de que hay algo que impide la fusión total entre ambos, “algo se le escapaba siempre en la actitud de Daniel. Algo que tenía que ver con una última reserva” (Aldecoa, 2002: 90). Y, precisamente, este “algo”, esa dificultad es lo que ejerce un mayor atractivo en Teresa, posiblemente sin que sea consciente de ello, y hace que se empeñe más en ese amor. Esta actitud se da con mucha frecuencia en la realidad cotidiana, por ello no debe extrañarnos que se manifieste en Teresa. La reflexión que se hace es propia de una mujer mayor que ella porque es resultado de la experiencia: “Aunque un amor dure muchos años, cuando termina siempre quedan preguntas sin respuesta, misterios no desvelados” (Aldecoa, 2002: 90); esto es real y únicamente observable cuando se ha vivido un amor muchos años, punto que no se ha dado en la vida de Teresa, por lo que detectamos, nuevamente, la experiencia de la autora. Esos misterios son los que alimentan el amor; en caso contrario, si no hay misterio, resulta ser un amor primario, aburrido, simple y Teresa no quiere ese tipo de amor (Aldecoa, 2002: 90-1). No obstante, pensamos que los protagonistas han evolucionado de manera diferente ante el sentimiento que aparentemente los une. Daniel se ha quedado en la fase del enamoramiento (Pinillos y García, 1993: 83-106), no ha evolucionado al amor; en él no existe un hilo conductor que lo una íntimamente a Teresa, esto se aprecia de manera clara cuando ella necesita a Daniel, a raíz de la muerte de su padre, y él no acude a ayudarla. Teresa desea más proximidad, a lo que Daniel responde con una mayor lejanía que aumenta progresivamente, él que es el que más control ejerce en la relación.

Teresa siente soledad ante la actitud de Daniel de mantenerse completamente hermético en lo que respecta a su vida y a su futuro con ella, de mantener la puerta cerrada en todo lo referente a su intimidad; esta actitud le hace sufrir. El sentimiento de soledad en Teresa aumenta cuando muere su padre:

[...] Mi padre era mi soporte sobre el mundo, el responsable del espacio que ocupó en este país. No tengo hermanos, no

tengo testigos de lo que he vivido. El pasado se irá borrando lentamente [...] (Aldecoa, 2002: 155).

Y es que, como Teresa reconoce, la herida de la soledad hace madurar (Aldecoa, 2002: 166); nosotros añadimos que más que la soledad, el dolor, sin olvidar que, en muchos casos, la soledad conlleva el dolor. La pérdida del padre supone para Teresa “la definitiva ruptura con el pasado, las raíces, la infancia y la adolescencia. La orfandad total” (Aldecoa, 2002: 186). Soledad¹⁹ hay también en Beatrice, la segunda mujer de su padre.

Daniel, hombre con sentimientos tan diferentes a los de la mujer, no es terreno abonado para la soledad; si lo fuese, su reacción, su actitud habría sido muy distinta. Siente soledad durante una fiesta en casa de Teresa, con sus compañeros; está rodeado de gente, de conversaciones, de copas pero se siente un extraño,

[...] la sensación de soledad, de aislamiento no se disuelve. Es la casa de Teresa. Una extraña melancolía le invade. ¿Sería capaz él de vivir para siempre allí, asistiendo a fiestas de profesores universitarios en las horas libres de trabajo? Seguramente, no. Pero es absurdo. Nadie habla de quedarse aquí. [...] (Aldecoa, 2002: 81).

Después de este fragmento tan aclaratorio, vemos que su sentimiento de soledad nada tiene que ver con el experimentado por Teresa; él siente soledad porque no está en su país; está en la “casa de Teresa”, no en la suya; vive una actividad y rutina de vida que no es la suya, la que él practica habitualmente. Pensamos que, más que sentir soledad, siente extrañeza de la vida que lleva. “Nadie habla de quedarse aquí”, frase muy significativa porque muestra que Daniel, a diferencia de Teresa, nunca tomó la relación de ambos como asunto importante y definitivo; para él simplemente fue una aventura

¹⁹ La soledad es un tema frecuente en nuestra narrativa, especialmente en la novelística de los últimos años, como ejemplo: *La soledad era esto* (Juan José Millás, 1990), *La conversación* (Mercedes Salisachs, 2002), además de las otras novelas de Aldecoa que venimos citando a lo largo del presente trabajo. También el tema del amor resulta ser un clásico en la producción literaria, amor que, en ocasiones, llega a enfermar al sujeto que lo vive, *Vid.* Cortés Ibáñez, 1993, 1994, 1995 y 1997.

americana de un cuatrimestre, mientras que Teresa pensó que era el hombre de su vida, con el que poder compartir todo, sobre todo aficiones, sentimientos y sensaciones. Recordemos que el alma femenina, a diferencia de la del hombre como ya hemos visto, es concéntrica, “tiende a vivir con un único eje atencional” (Ortega y Gasset, 1966: 91), dependiendo de la época de la vida en la que se encuentre, y ahora, para Teresa, el único eje es el amor: Daniel.

Teresa, como lo ama, espera, siempre espera el que está enamorado, el otro no espera nunca. Teresa espera que reaccione, que, cuando esté en Madrid, sienta necesidad de verla y, al fin, se dé cuenta de que deben estar juntos. Pero Daniel no tiene la valentía de reaccionar, es un hombre que busca soluciones neutras, cobardes (Aldecoa, 2002: 151), no quiere compromisos y Teresa siente que está perdiendo su tiempo, su vida, que “nunca obtendría lo que quería de él y, aunque resultaba doloroso terminar” (Sternberg, 1999: 30), decide romper la relación, una relación asimétrica, carente de futuro²⁰. Teresa se decide por lo que Alberoni (2001: 126-28) llama la *renuncia egoísta* y, así, evitar más dolor; por ello le envía una nota manuscrita:

[...] *No se pueden mantener eternamente unas relaciones frustradas. Es morboso y desequilibra mi vida [...]* (Aldecoa, 2002: 262).

Éste es el segmento final que Aldecoa pone a la novela: un final dinámico, desestabilizador, con efecto de choque y resonancia en la mente del lector, debido a las consecuencias del mismo. La autora ha cambiado la situación; nos ofrece un *marco documental* en el que la tercera persona de la narración da paso a la primera persona de la nota manuscrita (Kunz, 1997: 161-62).

²⁰ Es la misma reacción de Mathilde, protagonista de *La amaba*: “Lo he pensado, no me hago ilusiones, te quiero pero no confío en ti. Ya que lo que vivimos no es real, entonces es un juego. Y si es un juego, hacen falta unas reglas. [...]. Ya no tengo edad de jugar al escondite. [...]. Lo he pensado, creo que es la mejor solución, hacer como tú, vivir a mi aire queriéndote mucho pero a distancia. No quiero esperar tus llamadas, no quiero quitarme la posibilidad de enamorarme, quiero poder acostarme con quien quiera y cuando quiera, sin escrúpulos. Porque tienes razón tú, la vida sin escrúpulos es.. *it's more convenient*. Yo no veía las cosas así, ¿pero por qué no? Estoy dispuesta a intentarlo. ¿Qué puedo perder, después de todo? ¿Un hombre cobarde?” (Gavalda, 2003: 161).

Una vez leída la nota, Daniel continúa exactamente igual que antes de conocerla, con la siguiente conquista: “Miró a los ojos de la alumna elegida, una de las muchachas en flor. La que le había elegido a él” (Aldecoa, 2002: 263), y es que el deseo sexual de Daniel es estimulado “por el deseo de conquistar o de ser conquistado” (Fromm, 1988: 59). La actitud de los protagonistas continúa siendo diferente incluso a la hora de terminar la novela: Teresa es contundente, directa: “Nuestro amor es un capítulo cerrado” (Aldecoa, 2002: 262); Daniel sigue, continúa en su línea de coquetear con las alumnas. Decisión, actuación de Teresa frente a no acción de Daniel.

Tal y como Teresa dice, la mujer superior necesita a su lado a un hombre superior,

[...] sólo seres inseguros, vanidosos, inmaduros desean tener al lado admiradores incondicionales, por vulgares que sean” (Aldecoa, 2002: 257).

Realidad triste en la que tanto influye no sólo el sexo sino también la educación, dado que ésta es, ante todo, “educación de los deseos”, “base para edificar una trayectoria personal adecuada” (Rojas, 2003: 56). Y resultado de la educación es que los hombres, en la mayoría de los casos, eviten los sentimientos que promueven el acercamiento, el vínculo, la conexión y la comunicación, elementos necesarios, imprescindibles para el mundo y la estabilidad emocionales de la mujer (Sternberg, 1999: 31). Si nos preguntamos el porqué de esa evitación, Eysenck, en 1973, da la respuesta, tal y como Jayme Zaro (2002: 53) recoge, al señalar “la existencia de una naturaleza sociocultural implícita en el sexo, que ha servido para reforzar las diferencias biofisiológicas entre hombres y mujeres”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBERONI, F. (1986). *Enamoramiento y amor. Nacimiento y desarrollo de una impetuosa y creativa fuerza revolucionaria*. Barcelona: Gedisa.

- (2001). *Te amo*. Barcelona: Gedisa, 8ª reimpresión.
- ALDECOA, J.R. (1996). *Porque éramos jóvenes*. Barcelona: Anagrama.
- (1999). *La enredadera*. Barcelona: Anagrama.
- (2002). *El enigma*. Madrid: Alfaguara, 5ª ed.
- BACHELARD, G. (1992). *La poética del espacio*. Traducción de E. de Champourcin. México: FCE, 3ª reimpresión
- BARROSO VILLAR, MªE. (2002). “Mujer, espacio narrativo e identidad”. En *Mujer, cultura y comunicación: Realidades e imaginarios*. Actas del IX Simposio Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica. Sevilla: Ediciones Alfar-Universidad de Sevilla [CD ROM].
- BARTHES, R. (1999). *Fragments de un discurso amoroso*. Madrid: Siglo Veintiuno, 3ª ed.
- BÉJAR, H. (2003). “La máquina del amor”. *Blanco y Negro Cultural*, 15 de febrero, 16.
- CASTELL, P. (2003). *En pareja. Los secretos del amor y el desamor*. Barcelona: Planeta.
- CASTILLA DEL PINO, C. (1974). *Cuatro ensayos sobre la mujer*. Madrid: Alianza, 4ª ed.
- CORTÉS IBÁÑEZ, E. (1993). “El cronotopo de *La pasión turca*, de A. Gala. *Ensayos* 8. Albacete: Universidad de Castilla-La Mancha, 35-44.
- (1994). “Aproximación al estudio semiótico de *La enfermedad del amor*, de A. Prieto”. *Ensayos* 9. Albacete: Universidad de Castilla-La Mancha, 31-40.
- (1995). “Desideria Oliván, protagonista de *La pasión turca*”. En *Actas del V Simposio Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica*, Valles, Heras y Navas (eds.), 127-138. Universidad de Almería.
- (1997). “El personaje ficticio dentro de la historia: *La cárcel del amor*, de L. Racionero”. *Ensayos* 12. Albacete: Universidad de Castilla-La Mancha, 57-65.
- DELIBES, M. (1966). *Cinco horas con Mario*. Barcelona: Destino.
- DÍAZ REDONDO, C.A. (2002). “Hombres sin cabeza: aversión misógina y subversión femenina”. En *Discursos, realidades, utopías. La construcción del sujeto femenino en los siglos XIX y XX*, Ramos, Mª D. y Vera, Mª T. (Coords.), 29-78. Rubí (Barcelona): Anthropos.

- ESCABIAS LLORET, P. (2001). "Mujer y educación". En *Reflexiones en torno al género*, Caporale Bizzini, S. y Montesinos Sánchez, N. (eds.), 59-82. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- FROMM, E. (1988). *El arte de amar*. Barcelona: Paidós.
- GABRIEL Y GALÁN, J.A. (1990). "El personaje *c'est moi*". En *El personaje novelesco*, Marina Mayoral (coord.), 117-126. Madrid: Cátedra-Ministerio de Cultura.
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, A. (1993). *El texto narrativo*. Madrid: Síntesis.
- GAVALDA, A. (2003). *La amaba*. Traducción de Isabel González-Gallarza. Barcelona: Seix Barral.
- GULLÓN, R. (1980). *Espacio y novela*. Barcelona: Antoni Bosch, editor.
- JAYME ZARO, M. (2002). "La psicología del género en el siglo XXI". *Clepsydra* 1, La Laguna: Universidad de La Laguna, 47-60.
- KUNZ, M. (1997). *El final de la novela. Teoría, técnica y análisis del cierre en la literatura moderna en lengua española*. Madrid: Gredos.
- ORTEGA SPOTTORNO, J. (2002). *Los Ortega*. Madrid: Taurus.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1969). *Estudios sobre el amor*. Barcelona: Círculo de lectores.
- (1982). *Ideas sobre el teatro y la novela*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial.
- PINILLOS, I. Y GARCÍA HERRERO, M. (1993). *Las enfermedades del amor*. Madrid: Index.
- PRIETO, A. (1990). "Los estados de ánimo corporeizados". En *El personaje novelesco*, Marina Mayoral (coord.), 77-85. Madrid: Cátedra-Ministerio de Cultura.
- PULIDO TIRADO, J. (2002). "La reflexión teórica en España sobre la presencia de la mujer en el ámbito literario". En *Mujer, cultura y comunicación: Realidades e imaginarios*. Actas del IX Simposio Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica. Sevilla: Ediciones Alfar-Universidad de Sevilla [CD ROM].
- ROJAS, E. (2003). "La educación del deseo". *ABC*, 25 de enero, 56.

- SANAHUJA YLL, M^a.E. (2002). *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Madrid: Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, Col. Feminismos.
- SONTAG, S. (2000). *El amante del volcán*. Barcelona: Punto de lectura.
- STERNBERG, R.J. (1999). *El triángulo del amor. Intimidad, pasión y compromiso*. Barcelona: Paidós.
- VINCENT MILLER, M. (1996). *Terrorismo íntimo. El deterioro de la vida erótica*. Barcelona: Destino.